

La Camarera

Al fin llegó a la conclusión de que se había enamorado como un cadete, por encima de las tres décadas de diferencia de edad y del muro de convencionalismos que los separaba: raza, nacionalidad, educación, estatus, credos...

Por eso, y porque a sus años la pasión suele desmarcarse aún más si cabe de la cordura, en poco tiempo a Néstor le atacó un enemigo para el que, en sus innumerables entrenamientos como militar, no le habían enseñado a defenderse. Consideró que, por encima de todo lo que hubiera que pasar, no podía considerarse delito, ni siquiera una falta leve al Reglamento, sentir amor sincero por aquella chica risueña y muy morena, hermosa como una estatua griega y carnal como una sacerdotisa pagana. Y única en su sexo, puesto que en sus largas meditaciones introspectivas y medio soñadoras la consideraba la destilación alambicada de todas las mujeres del mundo y la fusión en una sola de aquéllas, pocas, a las que verdaderamente había amado. Llegó a concluir para sí que él había crecido y madurado sólo para conocer a Elsa en el tramo final de su vida. Para llegar a experimentar la ausencia del resto del mundo en presencia de Elsa.

Cada mañana, en cuanto Néstor se descubría y traspasaba el dintel de la cafetería, desde detrás de la barra la muchacha le dedicaba invariablemente un guiño acogedor, abriendo el gesto con una sonrisa que dejaba al descubierto dos filas de dientes rotundos; coqueta, se ceñía la trenza sobre el hombro a modo de tic de arranque, cargaba la cazoleta de la cafetera en una mano con ademanes diestros, mil veces repetidos, y escogía con la otra mano la taza para un cortado bien caliente, siempre largo de café y con sacarina. Mientras

tanto a él le daba tiempo de llegar hasta la barra con la gorra de plato bajo el brazo y su caminar titubeante y un punto desaliñado.

Tomaba el cortado a tragos lentos, sordos, espaciados. En un principio a Néstor, de natural más bien taciturno, le dio por reflexionar sobre que la chica debía estar cobrando un sueldo mísero si se comparaba con el suyo, por mucho que éste correspondiera al de un simple funcionario de la Administración estatal; si bien, reconocía, su fidelidad al Ejército se había visto recompensada por un sustancioso renglón de trienios en la nómina mensual, y en la actualidad su salario no daba para grandes lujos pero tampoco era motivo de ansiedades a fin de mes. Otras veces la imaginaba cenando en su casa; tal vez sola, se aventuraba a suponer. Y seguramente, y ahí avanzaba un paso más en sus conjeturas, metida en alguna vivienda cochambrosa de cualquier torre apelmazada del extrarradio, en contraste con el barrio lujoso en que había transcurrido su jornada laboral. No obstante, y seguía con sus cavilaciones, Elsa no desentonaba en absoluto en aquel ambiente. Desde luego que no. Y aunque su belleza no necesitaba brillos ni subrayados, Néstor admiraba los esfuerzos de la muchacha por pulir un escalón más su imagen. Encomiable su aspecto general pulcro, sea cual fuera la hora del día, el uniforme como recién lavado, el maquillaje impecable y la melena azabache tirante, sin una mecha fuera del sitio, recogida en una trenza corta dividiendo el plano de la espalda.

La cafetería se estructuraba en dos alturas separadas por tres escalones, la superior con un alargado mostrador de acero y una fila de taburetes en su regazo, y en la de abajo una docena de veladores con silloncitos de madera alineados contra un

amplio ventanal que daba a la acera. Música casi imperceptible. Un espacio interior razonablemente placentero a pesar del eco amortiguado y metálico del tráfico; un rincón de la calle limpio y grato en el que recalaban, más o menos a la misma hora, grupúsculos de funcionarios como Néstor adscritos a los numerosos negociados de alrededor; la mayoría, también como él, con la mísera rutina dibujada en el semblante. Unos minutos de trivial olvido, un eslabón más, también de la rutina, que les permitía separar la jornada en dos fracciones simétricas respecto de la pausa del café.

El primer turno, de ocho de la mañana a tres de la tarde, lo cubrían las dos jóvenes costarricenses, Elsa y Liz. Uniforme a base de camisa color granate y diadema, pajarita y pantalón negros. Cuando trabajaban no había detalle de una que se le escapara a la otra: palpable complicidad, sutil coordinación de cuerpos y espíritus: para los clientes lo más parecido a dos hermanas siamesas que no fueran ni hermanas ni siamesas. De cara al funcionamiento de la cafetería, una compacta alianza femenina forjada a base de miradas y vocablos sueltos y de un abecedario gestual que impedían cualquier grieta en la atención a los parroquianos, casi los mismos cada día, y se amalgamaban para dotar de suma eficiencia al establecimiento. Julio, el encargado, un petimetre filiforme y relamido, controlaba con las cámaras desde un diminuto despacho en el almacén cada movimiento de la clientela y las camareras.

Vivían muy cerca la una de la otra en pisos de una barriada de inmigrantes con panorámicas directas del cementerio municipal. En eso Néstor y su imaginación no andaban descaminados. Para ir a trabajar tomaban de madrugada la primera de las cuatro líneas del metro